

ROSA

## LA CALLE DE SAN ESTEBAN

Cualquiera que haya recorrido la antigua ciudad de Burgos, habrá experimentado un sentimiento de tristeza al cruzar sus barrios.

La ciudad nueva, edificada debajo de la primitiva población, se asemeja á una linda doncella dormida á los pies de su anciana abuela. Aquellas cuestras, en las que crece la hierba que huele apenas la planta de sus escasos habitantes; aquellas sombrías y tortuosas calles, dan tristeza al alma en medio del día, y la llenan de terror en las tinieblas de la noche.

La de San Esteban es sin duda la más triste del barrio de este nombre: á su fin se ve el solar del Cid, venerado por aquel pueblo que le vió nacer; una de las puertas de la grandiosa Catedral da también á esta calle, destacándose soberbias las aéreas agujas de sus torres hacia el límpido azul del firmamento.

Alguna que otra mezquina casa, de mísera apariencia, se ve aquí y allá, y la neblina que oscurece casi siempre aquella parte de la ciudad, condensa la atmósfera hasta el punto que apenas dis-

pensa á sus edificios la luz opaca de un débil crepúsculo.

En el año de 1844 existían en la calle de San Esteban tres casas de aspecto menos humilde que las otras: una de ellas se veía adornada con cristales, y esto la distinguía de las dos restantes. Tenía dos pisos: en el primero había tres ventanas, á tan poca altura, que podía considerarse cuarto entresuelo; en el segundo, que al parecer estaba inhabitado, igual número de balcones.

Las dos primeras ventanas estaban siempre cerradas, y unas cortinillas blancas, corridas con esmero, cubrían las vidrieras por la parte interior; la tercera, que tampoco se veía nunca abierta, tenía levantado uno de los visillos, observándose detrás de ella constantemente una cabeza de mujer, adornada de espesos rizos castaños.

Las comadres del barrio decían que sus habitantes eran gentes pacíficas. Tres mujeres: una señora anciana y ciega; otra joven, nieta suya, y la nodriza de ésta, que hacía los oficios de criada, eran las que la ocupaban. La anciana no salía de casa; la nieta sólo lo hacía para ir á misa los días festivos, acompañada de la nodriza.

Una noche del mes de Agosto de 1844, en que el desierto barrio parecía dormir profundamente, se vió descender á un hombre de la cuesta de San Esteban.

Era la una de la madrugada: el calor sofocante, que se había sentido durante las últimas horas

de la mañana anterior, produjo más tarde un denso nublado, variación muy frecuente en aquel inconstante clima; dominaba un aire húmedo, y la obscuridad era tanta, que no dejaba distinguir el cielo.

El nocturno caminante parecía saber perfectamente aquel camino, pues bajó con paso rápido la pendiente cuesta, entró en la calle y se paró delante de la casita de los cristales; tosió ligeramente, y á esta señal de inteligencia se abrió con precaución una de las tres ventanas.

—¿Estás ahí, Edmundo?—preguntó una voz dulce sin acabar de abrir.

—Sí, Rosa mía,—contestó el embozado, pues lo estaba en una larga capa.

Entonces se abrió del todo la ventana, y apareció una joven: la luz que había en el aposento alumbró un instante el semblante del caballero, é hizo que brillase al mismo tiempo la botonadura de un uniforme militar.

Rosa observó con inquietud, y después más tranquila, al parecer, se apoyó en el antepecho de la ventana.

La luna rasgó entonces su cortina de nubes, y alumbró de lleno el cuadro.

Aquella joven, de estatura mediana y esbeltas formas, parecía tener diez y ocho años; no era ni morena ni rubia; tenía su tez ese color mate expresivo, más bello que la más delicada blancura; brillaban como dos estrellas sus ojos negros y ras-

gados, rodeados de largas pestañas y coronados de espesas cejas; adornaban su frente apretados bucles de cabellos castaños, dorados y brillantes; el óvalo algo prolongado de su semblante, armonizaba perfectamente con su estrecha frente, y su boca, que formaba un arco de coral, tenía una gracia y encanto singulares.

De su talle no podía juzgarse, porque lo ocultaban los anchos pliegues de una bata de noche; pero, sin embargo, se adivinaba que debía estar lleno de elegancia y distinción.

Por lo que hace al caballero, aparentaba de treinta y ocho á cuarenta años, y le distinguía esa belleza varonil, expresiva y enérgica, característica de los hijos del Mediodía. De elevada estatura, tenía la tez morena, y negros los ojos y bigote; llevaba el uniforme de infantería, de cuya arma era capitán, que ocultaba casi del todo una larga capa.

—Esta noche te he hecho esperar, mi amada Rosa—dijo á la joven;—pero Dios sabe hasta qué punto he padecido: ¿has tenido sueño?

—¡Sueño esperándote, Edmundo!—dijo la joven con acento de dulce reconvencción.

—¡Perdóname! ¡he sido injusto! —repuso el capitán —Ya sé, ángel mío, que me amas lo bastante para comprender que, cuando tardo, es por causas ajenas á mi voluntad, y que entonces sufro más que tú. Ya sabes que sólo cuando te veo soy dichoso: ¿no es verdad, Rosa mía?

—Sí—respondió la joven con dulzura;—lo sé, Edmundo; sé que me amas, y tengo confianza en tí: cuando tardas, me pongo triste; te espero con ansiedad; pero luego me digo: ¿quién sabe lo que le entretiene? Sin duda cosas de su servicio; sin duda le es imposible venir á verme cuando se priva de esta dicha: ¿qué soy yo para hacerle faltar á sus deberes? Y por otra parte, Edmundo—prosiguió Rosa,—si faltases por mí á lo que de tí exige tu obligación, yo lo sentiría mucho.

—¡Mi amable y querida niña!—murmuró el capitán con un acento de ternura que vendía la sonrisa que se dibujaba en sus labios, y que le ocultaba la obscuridad de la noche.

—¡Yo no sé por qué—prosiguió Rosa;—pero tengo, Edmundo, la más completa, la más absoluta confianza en tí! Creo que no me puedes engañar, ni querrías hacerlo, porque ¿quién hallarás que te quiera tanto, y á quien puedas hacer tan dichosa con tu cariño?

—Rosa mía—repuso el capitán con apasionado acento:—al oírte hablar así, soy muy dichoso, porque tengo la seguridad de que te has decidido ya á lo que te propuse como el único medio de asegurar tu felicidad y la mía.

Rosa guardó silencio.

—¿No me contestas?—preguntó el capitán con una admiración en la que se notaba el acento del reproche.

—¿Qué he de decirte?—murmuró la joven.—  
Sólo una cosa... ¡que no puedo!

—¿Con que aún encuentro en tí la misma indecisión? ¿Es éste tu cariño?—dijo Edmundo con amargura.

Las sombras de la noche impidieron al capitán ver dos lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Rosa.

—¿No me respondes?—prosiguió con ansiedad;—¿no me contestas, Rosa? ¿Acaso no me amas ya?

Un sollozo que se escapó del pecho de la joven le impidió continuar.

—No llores, por Dios, amada mía—dijo Edmundo con profundo sentimiento;—perdóname si, arrebatado por mi pasión, he podido dudar de tu cariño. Sí: estoy cierto de que me amas; pero tu indecisión me hace sufrir mucho. Dentro de tres días debo separarme de tí, sin que sepa hasta cuándo: deja que pueda antes llamarte mía.

—¡Imposible, Edmundo!—exclamó la joven con desesperación;—primero morir cien veces que cometer la negra ingratitud de abandonar á mi anciana abuela, ciega y casi demente.

—Entonces ¿por qué no quieres que me eche á sus pies y le pida tu mano? ¿acaso supones que me crea indigno de poseerte?

—Escucha, Edmundo: no sé qué desgracia horrible pesa sobre mi familia, cuyos únicos restos somos nosotras. Desde que tengo uso de razón,

he visto siempre á mi abuela en el mismo estado; pero Magdalena me ha dicho que en otro tiempo era una hermosa y noble dama. Sé también por mi nodriza que la causa de nuestro infortunio fué un hombre que, como tú, había abrazado la carrera de las armas.

—¿No has conocido á tus padres, Rosa?—preguntó pensativo el capitán;—¿no conservas ninguna memoria de ellos?

—Sí—contestó la doncella:—me acuerdo de mi padre, que era ya anciano. Vivíamos en una hermosa casa de campo, y teníamos muchos criados. Papá me tomaba en sus brazos, y muchas veces me besaba llorando. Después enfermó, padeció mucho, y al fin murió,—añadió la pobre niña rompiendo en amargo llanto.

—Valor, Rosa—dijo Edmundo:—no llores, y prosigue, porque es preciso que yo lo sepa todo.

—Poco tengo ya que decirte, Edmundo—repuso la joven enjugando sus ojos.—Dos días después de la muerte de mi padre, Magdalena y yo, solas y muy tristes, subimos á un coche y llegamos aquí.

—¿Qué edad podría ser la tuya entonces?—preguntó el capitán.

—Apenas había cumplido cuatro años, y el recuerdo de entonces se presenta á mi imaginación como la memoria lejana de un penoso sueño. Cuando vinimos, estaba mi buena mamá como hoy, demente y ciega; llamaba sin cesar á su

hija, que sin duda era yo, porque al oír mi voz se calmó el violento frenesí que la devoraba. Una criada que la servía, y que era su única compañia, fué despedida al día siguiente de mi llegada, y desde entonces nadie ha frecuentado esta casa.

—¿Has vivido siempre en ella, Rosa?—preguntó Edmundo, dando otro giro á las ideas de la joven.

—Sí: siempre, desde que llegué á esta ciudad—contestó ella.—Mi pobre mamá no ha vuelto á recobrar su razón, y mi vida se deslizó bien triste, hasta que tuve la dicha de conocerte.

—Magdalena—continuó Rosa,—me enseñó las labores de mi sexo, y el capellán de San Esteban me dió la instrucción escasa que poseo: no sé más que esto, y quererte con toda mi alma, Edmundo.

—Escúchame, Rosa—dijo el capitán tras algunos instantes de silencio, con voz dulce, pero firme.—El regimiento tiene orden de marchar dentro de tres días, y el deber me manda seguir sus banderas. Si pudiese ofrecerte una mediana suerte, te juro, Rosa, que desde el momento abandonaría mi carrera; pero, desgraciadamente, la espada es toda mi fortuna. Nací de oscuro origen, y yo también, como tú, tengo bien poco que agradecer á mi destino. Sí, Rosa: hasta en el mal nos une una coincidencia simpática. Te he dicho que dentro de tres días debo marchar; pero no lo haré sin la esperanza cierta de llamarte

mía. Son las dos: á las doce, en vano será que te niegues á ello; estoy decidido á hablar á tu madre.

—¡Oh!—exclamó la joven trémula de terror:—¡no hagas eso por Dios!

—Oye, y después decide. Hubo un tiempo en que amé á una mujer, pero no como á tí, no con el afecto profundo y grave que tú me inspiras, sino con el fuego, con la vehemencia de la primera impresión. La madre de mi amada, de carácter receloso, lo ignoraba; su hija, poseída de una timidez excesiva, ni pudo resolverse á confesárselo, ni menos consintió que yo lo hiciese. Yo era pobre; ella, por el contrario, era dueña de una inmensa riqueza. ¡Oh, Rosa! ¡cuánto se te parecía! Cuando la casualidad me condujo á esta calle, y distinguí en la ventana tu cabeza de virgen, quedé absorto; me creí juguete de algún sueño, ó pensé que tenía delante de mis ojos una visión celeste.

—¿Tanto se me parecía, Edmundo?—preguntó Rosa cándidamente.

—Tanto, que á no haberla visto muerta, hubiera jurado que tú eras ella: tus ojos de fuego, tu espléndida cabellera, tu preciosa boca y tus manos de marfil, son las tuyas; tal es, por fin, la identidad entre las dos, que llegué á persuadirme de que la mujer á quien yo amaba había abandonado la tumba.

Al decir estas palabras, el capitán se pasó la

mano por la frente como para separar un sombrío pensamiento; después continuó con voz alterada:

—La indecisión de aquella joven hizo su ruína y mi desgracia; obligáronla á casarse con un hombre á quien no amaba, y yo, sin valor para presenciar tal enlace, que me hundía en un infierno de dolor, huí desesperado.

—¿Y qué fué de la desgraciada? —preguntó Rosa.

—Murió: la aflicción la condujo al sepulcro, que ¡pluguiese al cielo que se hubiera abierto para mí también! Perdida mi razón, anduve vagando sin destino ni dirección pensada hasta hoy, que tu encanto ha avivado en mi corazón un sentimiento que creí extinguido. Por lo mismo, pues, no habrá fuerza en lo humano que de tí me separe, y ó mañana eres mía, ó pongo fin á una existencia que, lejos de tí, considero como una carga horrible y que no puedo soportar.

—Sea como tú quieras, Edmundo,—dijo la joven con dulzura, sobrecogida de la enérgica resolución de su amante.

—Hasta dentro de algunas horas,—dijo el capitán; y llevando á los labios una mano que le abandonó Rosa, desapareció al través de los tortuosos callejones.

Ella permaneció en la ventana, sorprendiéndola la aurora con la frente apoyada entre las manos.

## II

## SORPRESA Y DOLOR

Las once de la mañana serían del día que siguió á la entrevista de Rosa y el capitán.

Las tres únicas personas que habitaban la casa se hallaban reunidas en una sala sombría y húmeda, cuyo mueblaje se reducía á una mesa de pino, algunas sillas de paja, un gran sillón de vaqueta y una cortina de extremada blancura.

Recostada en el sillón y sumida en su triste abatimiento, se veía á una anciana cuyo solo aspecto lastimaba el corazón: su pálido y cadavérico semblante conservaba restos de una magnífica hermosura, pero estaba sellado con esa desgarradora expresión del sufrimiento que sólo pueden imprimir hondos é incurables pesares; sus ojos garzos y rasgados, inmóviles y un tanto hundidos, estaban privados de la luz; advertíase, sin embargo, en la figura de aquella mujer, vestida de riguroso luto, mucha nobleza y distinción.

Sentada Rosa junto al sillón, bordaba con afán: llevaba un vestido azul de hechura sencilla, y sus cabellos, que caían en largos rizos hasta tocar

sus hombros, dejaban descubiertas sus sienes de una azulada blancura.

Algo separada, hilaba una mujer de mediana edad: su fisonomía era franca y leal; tenía puesto un traje obscuro de hábito del Carmen, que sujetaba á la cintura una ancha correa de cuero negro.

El calor era excesivo, y la ventana entreabierta dejaba el aposento á una media luz.

Rosa trabajaba sin interrupción, con la vista fija en el bordado; pero al más leve ruido, un temblor convulsivo dominaba su cuerpo, y estremecida entonces dejaba escapar la aguja de sus manos.

Largo rato hacía que reinaba el más profundo silencio, interrumpido sólo por la respiración de un hermoso galgo inglés, dormido á los pies de la joven, y á quien ésta quería extremadamente porque había sido de su madre.

—¿Qué tienes hoy, hija mía?—dijo la mujer que hilaba dirigiéndose á Rosa.

La joven no contestó: con la cabeza sobre el pecho, parecía entregada á dolorosas meditaciones; la buena mujer la contempló durante algunos instantes con asombro.

—¿Estás enferma, hija mía?—repitió con mayor cariño todavía.

Entonces levantó Rosa su hermosa cabeza y fijó sus grandes y cariñosos ojos en su interlocutora.

—No tengo nada, mi buena Magdalena,—dijo pasándose la mano por la frente, como para separar un mortificante pensamiento.

—¿De veras, hija mía? Pues estás pálida y demudada.

—Eso es del calor... estoy buena, créeme,—murmuró la joven levantándose; y como si quisiera huir de las tristes ideas que la dominaban, se aproximó al sillón de su abuela.

—¿Tienes mucho calor, mamá?—le preguntó con cariñoso acento.

—Hija mía, no me dejes, no te separes de mí,—murmuró la anciana en tono suplicante.

—Hoy está mal—dijo Magdalena:—desde que la vestí, no ha cesado en sus clamores.

—Soy yo, mamá—continuó Rosa dirigiéndose á su abuela.—¿No me conoces?—añadió, tomando con ternura su trémula y descarnada mano.

—¡Hija mía! mi hija, sí,—repitió la anciana con voz oscura y gutural.

—¿Es á mí á quien llamas, mamá?—preguntó la joven; mas aún no había espirado la palabra en sus labios, cuando oyó un ruido que la estremeció.

Llamaban á la puerta de la casa.

—¡Ya!—murmuró.—¡Dios mío, dadme valor! Magdalena, ve á abrir,—añadió con voz agitada y temblorosa.

—Hija mía—repuso la nodriza,—yo creo que

no es en casa donde llaman: únicamente viene el capellán, y ahora está enfermo, como sabes.

Un segundo golpe, más fuerte que el primero, la llevó á la ventana.

—¡Dios mío! es un militar,—dijo retirándose sorprendida.

—Abre—repitió Rosa,—y sea quien quiera.

Este lenguaje tan decisivo dejó atónita á la buena Magdalena, quien, sin replicar, quitóse la rueda y marchó á abrir.

Rosa elevó al cielo los ojos, y cruzando sus manos sobre el pecho, murmuró una oración.

En aquel momento apareció Magdalena seguida de Edmundo.

Adelantóse éste y se inclinó delante de la joven, que le miraba maquinalmente.

Volvióse después para saludar á su abuela; mas la voz espiró en sus labios al fijar los ojos en el semblante de la anciana; cubrióse su frente de frío sudor, palideció intensamente, y exclamó con voz ahogada y retrocediendo algunos pasos:

—¡La Marquesa de Olmedo! ¡Desdichado de mí!

—¡Yo conozco esa voz!—exclamó la anciana, como saliendo de un sueño.

—Sí, sí: soy Edmundo de Gálvez,—dijo el capitán bajando los ojos y sumido en un profundo abatimiento.

—¡El asesino de mi hija!—gritó la Marquesa, cuyas pupilas sin luz iluminó un fugitivo resplandor.

Diríase que este grito de angustia había desgarrado el corazón de la anciana: levantóse é intentó huir; pero volvió á caer en su sillón, lanzando un gemido y retratando en su semblante la desesperación más honda.

—Dice usted bien, señora—murmuró el capitán con sombría y amarga resignación:—¡mi funesta pasión le robó su hija!... ¡Oh! ¿Por qué la separó usted de mí? ¡Sin su tenaz é injusta resistencia, aún viviera Clementina, y usted no sería desgraciada!

Calló Edmundo y examinó el semblante de la anciana; mas ésta había doblado la cabeza sobre el pecho y permanecía inmóvil.

—Voy á dejar á usted, señora—continuó el capitán levantando la frente con dolorosa altivez; —pero no quiero alejarme de aquí dejándola en el error, ultrajante para mí, de que yo he contribuido á la muerte de mi infortunada Clementina. ¡Oh, señoral yo le juro por mi honor, por la memoria de mi padre, que no la ví durante su casamiento, y que si le escribí dos veces fué únicamente con el fin de darle consuelo y aliento para cumplir con sus deberes.

Edmundo esperó de nuevo, aunque en vano, una contestación de la Marquesa, que continuaba sumergida en la inmovilidad.

—Adiós—prosiguió con voz más alterada el desdichado amante; —adiós, señora, y no me mal diga usted ya, puesto que por segunda vez le sa-

crífico mi amor: yo quería arrebatarle á su nieta, porque Rosa es necesaria á mi vida; pero ya que es también su único consuelo, se la dejo, y voy á morir lejos de ella.

Dirigiendo después á la joven una mirada llena de amor y desesperación, se lanzó á la puerta y bajó vacilante la escalera; mas Rosa, que comprendía por instinto que perdía para siempre á su amante, le siguió desolada.

—¡Te vas, Edmundo!—gritó con voz cortada por los sollozos;—¡me abandonas sin darme un último adiós!

Oyó el capitán aquel grito desgarrador: detúvose, volvió la cabeza, y contempló con angustia mortal á la infeliz niña, que acababa de caer desmayada en los primeros peldaños de la escalera.

Edmundo adelantó dos pasos; pero llevó ambas manos al corazón y se detuvo estremecido.

—¡No!—murmuró pasando el umbral,—¡no! ¡Si vuelvo á su lado, me la llevaré entre mis brazos! ¡Sea yo solo el que sufra, y que ella no beba del amargo cáliz que estoy apurando há tantos años!

### III

#### SACRIFICIO

Han transcurrido algunas horas después de la salida de Edmundo de casa de la Marquesa; son las diez de la noche, y Rosa, envuelta en un peinador y en extremo pálida, está sentada junto á una mesa, sobre la que arde una lámpara; tiene una carta en la mano, que sin duda ha devorado cien veces su impaciente vista, según indican sus dobleces; y de tiempo en tiempo sus ojos, hinchados y secos, se fijan en otra abierta que se ve sobre la mesa.

Al volver de su desmayo, se encontró en brazos de su abuela y de Magdalena, á quienes rogó con instancia que la dejaran sola. No bien se vió sin testigos, se entregó al exceso de su dolor; el llanto, ese consuelo en la tierra, no vino á aliviar su agonía. ¡Aquel Edmundo tan amado se alejaba! ¡Iba á perderle quizás para siempre! La pobre niña se sentía morir de dolor; latían sus sienes con violencia, y de cuando en cuando dejaba escapar un sollozo.

En este estado la sorprendió la noche. Magdalena había entrado luz, y, al verla sentada y quieta, se salió con cuidado. Rosa se acercó á la ventana y la abrió: la fresca brisa de la noche vino á templar su abrasada frente; apoyóse en el antepecho y tocó un papel.

—¡Carta!—murmuró,—¡carta suya! ¡Gracias, Dios mío!

Lanzóse á la mesa y rompió el sobre con temblorosa mano.

«Rosa—decía,—voy á partir, á alejarme de tí, de tí que eres mi vida y la sola luz que me guía. ¿Qué será de mí sin tí? Esta reflexión lúgubre me horroriza y abate mi espíritu: te juro, Rosa, que sin el sostén de la religión, y si el baldón y el desprecio no infamaran la memoria del suicida, este día que nos separa sería el último de mi amargo martirio. ¡Aún me sostiene una esperanza, y á tu valor toca el realizarla! Si queda fallida, que Dios se apiade de mí.

» Escúchame: el dolor abrió una llaga en el corazón de tu abuela, que no me es dado cerrari por esto, pues, nunca podré llamarte mía con su consentimiento; tal vez pueda perdonarme, pero jamás aprobará nuestro enlace. Rosa, si es cierto que me amas, sígueme, fiate á mi honor: yo te juro, por el cielo, que antes que se ponga el sol de mañana estarás unida á mí por el doble vínculo de la religión y del amor. Por piedad, oye mis

súplicas; no olvides, mi noble y generosa Rosa, que te amo con toda mi alma. Respóndeme aprovechando instantes y dime tu resolución: ella es de muerte ó vida para tu

*Edmundo.*»

Rosa leyó rápidamente esta carta, como si temiese que le había de faltar el ánimo para concluir; después la acercó á los labios.

¡Terrible lucha sostenía la joven entre el amor y el deber! ¡Rudo combate que agotaba sus fuerzas, cansadas ya de tanta resistencia! En tal conflicto, acudió al cielo como único consuelo y halló en la oración la fortaleza que necesitaba.

Levantóse con la frente bañada de sudor frío; pero animado el semblante con la expresión de una resignación sublime, asemejábase á una víctima que, satisfecha de sí propia, marcha con paso firme al sacrificio; sentóse, y con mano insegura escribió:

«Adiós para siempre, Edmundo; Él nos separa: respetemos su Providencia y ofrezcamos á su soberana voluntad el sacrificio de nuestra dicha. No puedo admitir el pensamiento de abandonar á mi desgraciada madre, ciega y anciana: si lo hiciera, la venganza del cielo caería sobre mi cabeza, y la sombra de la que me dió el sér me seguiría á todas partes, acusándome de pérfida y desnaturalizada, comprendiéndote á tí también su maldición

#### IV

#### LUISA

Volvamos, lector mío, algunos pasos atrás, y vamos á conocer á la familia de Rosa, y á que yo pueda enterarte de por qué combinación de circunstancias descargaba la desgracia su terrible brazo sobre aquella cabeza tan pura é inocente.

Luisa, Marquesa de Olmedo y abuela hoy de la joven heroína de esta historia, se había casado casi al salir de la infancia.

Su nacimiento costó la vida á la que se la dió, y su padre, Consejero de Estado y hombre excelente, que adoraba á su hija, la colocó en un convento para que recibiese la educación religiosa y moral que es la base de la verdadera felicidad.

A pesar de haberla dejado depositada en aquel asilo seguro, el Consejero pensaba sin cesar en la suerte de su querida Luisa.

—¿Qué será de ella—se decía—cuando la traiga á mi lado? Tan hermosa, tan inocente, ¿quién la defenderá de las asechanzas de los jóvenes, no teniendo madre ni ninguna parienta cercana que cuide de ella?

De esta suerte cavilaba el Consejero en la suerte futura de su hija. Un día que iba á verla y se hallaba en su casa el Marqués de Olmedo, se brindó á acompañarle.

—Ya tengo deseos de ver á la niña—le dijo:—debe estar muy bella y haber ganado mucho en los dos años que hace que no la veo. Vamos allá.

Cuando Luisa apareció, el Marqués no pudo reprimir un grito de sorpresa: era una niña grave, pero encantadora; aunque sólo contaba quince años, su talla era ya más que mediana, y su apostura noble y modesta; largos cabellos rubios, hechos rizados, adornaban su cuello y hombros; sus ojos garzos tenían una mirada grave, profunda y apasionada.

—¡Qué hermosa estás, querida Luisa!—exclamó el Marqués mirándola extasiado.

—¡Ese es mi mayor pesar!—murmuró el Consejero:—¡ya tiene quince años y va siendo hora de que la saque de aquí!

Apenas salieron del convento, el Marqués tomó la mano de su amigo y le preguntó:

—¿Quieres darme á Luisa?

—¿Qué dices?—preguntó á su vez asombrado el Consejero.

—Que si me das á Luisa por esposa.

—¿Para tu hijo?

—No: ¡para mí!

—¡Qué escucho! ¿Piensas en volver á casarte?

—Con Luisa, sí.

—¡Pero hay una gran desproporción en vuestras edades!

—No lo niego; pero Luisa no ha amado aún, y no puedo temer el peligro de las comparaciones.

El Consejero quedó pensativo, y después respondió:

—Dentro de tres días te contestaré.

Inútil es decir que aquellos tres días se los pasó reflexionando profundamente acerca del porvenir de su hija.

Pasó revista á muchos matrimonios jóvenes que conocía, y que eran, por cierto, muy poco dichosos.

Pensó en que el Marqués reunía una gran fortuna, y no dudó de que podía asegurar la dicha de su hija.

—Te la doy,—dijo al llegar el término que él mismo había prefijado.

Luisa salió del convento cuatro días después.

Preguntó á su padre el motivo de aquella brusca determinación, y éste la contestó:

—Vas á casarte, hija mía.

—¡A casarme!—repitió la joven que el día antes jugaba aún con las muñecas.

—¡Sí, hija mía! Vas á ser la Marquesa de Olmedo,—repuso su padre con una alegría que le rebosaba en el semblante y en el acento.

—¡Pues qué!—repuso Luisa cándidamente,—¿me voy á casar con el Marqués?

—Sí, hija mía: ¿acaso no te agrada?

—Sí por cierto—repuso la niña:—siempre ha sido muy bueno para mí.

Un mes después se celebró el casamiento. Luisa no estaba alegre, pero nadie se extrañaba de eso: nunca lo había sido, y su carácter grave y casi austero propendía más bien á la melancolía.

El Marqués y su padre la rodearon de costosas galas. Luisa parecía dichosa examinando aquellos objetos tan nuevos para ella.

Cuando fué á su casa, la examinó toda, del mismo modo que sus galas, con un placer íntimo é inocente; pasó revista á sus libros, y hasta á algunos juguetes que su esposo y su padre le habían preparado para que no echase de menos los de su convento.

De esta suerte llegó á ser esposa sin apercibirse de ello; pasó de los juegos á la gravedad de sus deberes, y de los risueños pasatiempos de la infancia á las austeras obligaciones de la esposa; ¡áspero y terrible cambio, al que muchas jóvenes no se acostumbran jamás!

La joven Luisa no sentía, al casarse, aquel amor dulce y eficaz que hace la felicidad conyugal. Educada en el retiro y doctrinada en los principios de piedad y devoción, á la edad de quince años desconocía la fuerza de aquel sentimiento. Amaba á su padre, pero del modo y hasta el punto que pueda hacerlo una niña cuando apenas le conoce; amaba la virtud por natural

instinto. Era sincera, candorosa, generosa, noble; su carácter, dominado por una melancolía dulce, hacía que gustase con preferencia de la soledad; era callada y reflexiva, y en la edad en que todo es vida y movimiento, marcaba sus facciones el sello de una gravedad prematura.

El hombre á quien su padre la había unido, no era joven ni hermoso: casado antes con una mujer á quien adoraba, no pudo consolarse de su pérdida. Tenía un hijo que viajaba hacía algunos años, y cansado de la soledad, formó el proyecto de contraer un nuevo enlace, pensando aliviar de este modo su malestar.

Tenía el Marqués cincuenta y cuatro años; era alto, enjuto, de blancos cabellos; sus ojos estaban casi cubiertos por espesas cejas, y vestía con desaliño.

Luisa acababa de cumplir quince, y era perfectamente bella; tenía rasgados y brillantes ojos pardos, adornados de largas pestañas; su cabello, de un rubio dorado, era magnífico, abundante y sedoso.

Celebróse la boda sin fausto, y al día siguiente salieron los esposos de Madrid para Valencia, á habitar una hermosa casa de campo que el Marqués poseía en las cercanías de aquella ciudad.

La joven Luisa comprendió bien los deberes que su nuevo estado le imponía: no podía amar al hombre elegido por su padre; pero eran tales la exactitud, condescendencia y solicitud que se

notaban en todas sus acciones, que parecía animada del amor más acendrado. Criada en la soledad, era dichosa en ella, y si bien se aumentó algún tanto su melancolía, no se alteró su natural apacible.

El Marqués llegó á amar con pasión á su joven esposa: prodigábala las más delicadas atenciones, adivinando, con ese instinto peculiar del cariño, sus más leves deseos para satisfacerlos; y tanto se debilitó en él la memoria de su primera esposa, que no le quedó de ella más que un dulce recuerdo.

La tristeza de Luisa se aumentaba visiblemente. En vano su esposo intentó llevarla á Madrid; en vano le propuso vivir en Valencia: la joven Marquesa se negó siempre á abandonar su querida y tranquila soledad, asegurando que estaba buena y contenta; mas era tan triste la expresión de su semblante al decirlo, que desgarraba cruelmente el corazón del Marqués.

Luisa era, en efecto, desdichada: dotada por el cielo de un alma ardiente y de una imaginación apasionada, se consumía en aquella existencia monotonamente igual, y de esto nacía su tristeza. Por espacio de dos años se conformó con su suerte, y todos sus deseos se limitaron á recibir cartas de su querido padre. Pero nunca había amado, y esta pasión era ya para su corazón una necesidad. ¡Ayl! ¿y á quién podía amar? ¿A su esposo? No le era posible. Le había dado su amistad; le prodi-

gaba atenciones, muestras de cariño; era fiel y exacta en el cumplimiento de sus obligaciones, y por lo mismo creía satisfechos todos sus deberes para con él.

La joven Marquesa vivía creando en su ilusión entes ideales, que en breve destruía la triste realidad; forjábbase mil quimeras, hijas todas de su ardiente fantasía, llegando su loco devaneo á alterar su salud.

Apiadóse, por fin, el cielo de sus tormentos, y le dió una hija, y con ella una nueva existencia, un nuevo sér: nació el amor, el entusiasmo, el placer; los deseos del presente y la esperanza del porvenir quedaron satisfechos, y en alas de la alegría de esta hermosa realidad, huyeron las mentidas y fantásticas visiones que su mente acariciara.

¡Con cuánta ternura veía crecer á su amada Clementina! ¡Con qué esmero se dedicaba á formar su tierno corazón! ¡Con qué afán tan prolijo sembraba en su alma el germen de todas sus virtudes! Cuando la sentaba sobre sus rodillas, y con las manecitas unidas contestaba balbuceando á la oración que le enseñaba radiante de alegría y vertiendo lágrimas de entusiasmo, se consideraba la más dichosa de las madres, y juzgaba el mundo pequeño para contener su felicidad.

Convencida la Marquesa de que una madre tierna y previsora es el mejor mentor de su hija, no quiso partir con nadie el trabajo de tan dulce

33892

tarea: ella la enseñó todas las labores de su sexo, á leer, escribir, dibujo y música.

Amaba el Marqués á su hija con ternura; pero desaprobaba el ciego delirio de su madre: trató, pues, de modificar sus transportes, y al efecto le habló con firmeza y dulzura á la vez.

—El desarrollo de Clementina—le dijo,—exige que se cultive su inteligencia y se le dé aquella instrucción que, formando su carácter, la haga apreciable á la sociedad y digna de sus padres. Para conseguirlo, he determinado darle toda clase de maestros.

Empezó, pues, la educación de Clementina, que, vigilada y animada por su celosa madre, hizo en breve rápidos adelantos.

A los diez y ocho años poseía una vasta instrucción, unida á un carácter angélico, á un alma elevada y á un corazón sensible y generoso. Su belleza no era tan notable como la de su madre; pero tenía la gracia y esbeltez de sus formas; y la hermosura de sus negros ojos, sus cabellos castaños y espesos, su tez de fresca palidez, su nariz de forma griega, su boca de húmedo coral y sus dientes de nácar, hacían de Clementina una encantadora criatura.

El Marqués, que contaba ya cerca de setenta años, cayó peligrosamente enfermo, sin que pudieran salvarle ni los recursos de la ciencia ni los afectuosos cuidados de su esposa é hija. Murió, y sus bienes, que estaban vinculados, pasaron

al hijo de su primer matrimonio, quedando reducida la Marquesa á una corta pensión que le señaló el heredero.

El infortunio no abatió el espíritu de Luisa, quien abandonó su amada quinta y marchó á Madrid con Clementina á reunirse con su padre.